

embarcaron en la Costa Norte sin decir itinta va! ahí se quedan. Por lo menos, mientras dura la impresión optimista originada por el lavado patriótico, se puede acariciar la ilusión de que ahí se quedan. Luego llegarán dos mil, tres mil o diez mil, según convenga a los intereses de las Compañías, o plazca simplemente a su querer soberano, y otra vez nos asustaremos... y otra vez desahogaremos las vísceras del amor patrio, con una protesta de aquellas que escuecen como sinapismos. Ya se sabe: a grandes males, grandes remedios. ¡Y veremos quién vence a quién: las Compañías inundándonos bajo un aluvión de negros del Norte, o nosotros lanzando cada protesta que va a temblar el Globo!

En todo caso, a nosotros salvadoreños, nos tiene la cosa sin cuidado, y no nos preocupamos sino meramente por demostrarles a los vecinos cómo somos aquí de fraternales y de altruistas. Porque, supongamos, que mil quinientos hoy, y mil quinientos mañana, y mil quinientos pasado mañana, en pocos meses quedará Honduras sepultada bajo una república de Haití, y que, en vez de setecientos mil hondureños claros, tuviéramos ahí cerca de unos cuatro millones de antillanos oscuros; supongamos aún algo más negro: que a todos los negros del Norte (no pasan de diez y siete millones entre todos) se les antojara venir a Honduras y a Nicaragua, y a la Costa Norte de Guatemala y de Costa Rica, y se convirtiera el litoral atlántico en una sola masa de hollín, y el Mar Caribe en un Mar de Charol... ¿Y qué? Hasta nosotros no podrían llegar: ahí está el Lempa que es infranqueable, y están el Sumpul, y el Torola, y el Goascorán, donde mucha gente ha perecido ahogada, por quererlos pasar a nado. Con ellos y nuestro legendario heroísmo, estamos a salvo.

Los mismos hondureños, casi podrían eximirse de ese trabajo de protestar. Al cabo, son asuntos que sólo atañen a las Compañías, de hecho únicas dueñas y señoras de la Costa Norte. La Costa Norte, patrióticamente entregada a poderosísimas compañías extranjeras, mediante sabias, frecuentes y amplias concesiones de tierras con todas las prerrogativas anexas, ha llegado a no ser ya de Honduras sino como designación geográfica, y eso, de mera geografía física. Las Compañías tienen allá ferrocarriles, fábricas, hospitales y hospicios, escuelas y periódicos, muelles y vapores, y además, por si algo falta que adquirir, dólares y más dólares.

La tierra es suya. Y con la tierra la vida, y con la vida, ese conjunto de poderes que se resumen, cuando

los empuña una mano firme y resuelta, en el poder total de hacer uno lo que le da su gana.

Una aplicación de ese poder de las compañías, es el de *fixar el precio de la fruta*. Los nativos han conservado el derecho de izar el pabellón hondureño, y el de sembrar los bananos, para vendérselos a las Compañías; las Compañías, no apoyadas en derecho ninguno pero sí en su fuerza de compradores únicos, les pagan a los nativos por el banano, el precio que a ellos les conviene. Si el nativo no se aviene a vender al precio fijado por las Compañías, le queda el derecho de dejar que se

puédran los bananos; además, le queda el derecho de protestar, y finalmente, el derecho de pegarse un tiro. Lo que es por derechos no tiene de qué afligirse el nativo.

¿Cómo han llegado los terratenientes y los labradores de la Costa Norte a esa desdichada condición? ¿Cómo y con qué fines las Compañías inundan ahora de negros aquella tierra donde ya son casi siervos los nativos? Esas son cuestiones todavía más negras.

ALBERTO MASFERRER.

(El Día, San Salvador).

## Apuntes, por carta

San José de Costa Rica, abril 28 de 1923.

Señor don Rogelio Sotela.

Ciudad.

Estimado amigo:

HE leído sus *Notas de un maestro de escuela sobre el castellano*, y al margen de ellas he creído conveniente tejer estas ideas. Usted parte, como otros, de que la base de la cultura humana está en el estudio del lenguaje. Los que han sostenido el principio presentan, entre otros argumentos definitivos, el de que todo lo aprendemos hablando. Si se quiere decir con esto que el lenguaje es un precioso instrumento para el cultivo de nuestras actividades mentales, no nos sería difícil aceptar ese juicio; pero si se aspira a que la enseñanza del idioma constituya un fin primordial en la educación del hombre, habría necesidad de meditar un poco el asunto. Si yo me hubiera dedicado a la enseñanza, usted comprende que habría preferido atender la del idioma. Las pocas labores que hice me llevaron a esta conclusión: la enseñanza de una lengua no implica necesariamente la adquisición de una riqueza de ideas para el alumno. Y pensaba al mismo tiempo en esta otra cosa: enseñar a un joven a ejecutar en violín no significa hacer de él un artista. El resultado práctico de este pensar es muy sencillo: la preocupación de un maestro de lengua materna, por ejemplo, no puede ser otra que la de despertar en el alumno la conciencia de que su poder de expresión corresponde al acervo de sus ideas y más aún, corresponde con la claridad que tenga de sus propias ideas. En alguna parte de Renán, a quien cito porque se le tiene por maestro, entre los mejores, de la lengua francesa, me encontré algo parecido a eso: lo que menos tiene Renán es la preocupación de su francés como francés mismo, no es lo que

puede llamarse un estilista a lo Flaubert. Su trabajo en él es profundamente mental, pensar noblemente y claro. Si para expresar bien su pensamiento había de sacrificar el lujo de la expresión idiomática, él no paraba mientes en hacerlo. Tal vez en esto consiste el hechizo de Renán: no es un escritor sino un pensador: el escritor admirable que resulta viene de la excelencia de su pensar. Usted ve entonces cómo el principio o la teoría pedagógica varía esencialmente y cómo lo de que el lenguaje es la base de la cultura humana, por aquello de que el hombre es un ser que habla, tal vez es uno de esos tantos prejuicios en el campo de la educación, cuyo valor relativo, por lo demás, no es natural desconocer. Le doy una experiencia mía: yo gustaba mucho de hacer que los alumnos trabajaran en composición libre. Prefería esto a la lectura y desterré completamente los ejercicios gramaticales. Algo intuitivo me hacía ver que la lectura era un trabajo artificial, mecánico, de exhibicionismo y que aun cuando el que lee bien puede ser un buen estudiante, no se mantiene en la mayor parte de los alumnos esta relación. En cambio, componer implica el hecho de que el niño adquiera el sentimiento de sus propias aptitudes mentales. Usted sabe de muchachos que leen bien y no sirven para las actividades científicas. Esto me hizo sospechosa la lectura. En las composiciones, no les pedía giros de lenguaje a los alumnos. Cosa rara, dirá usted: yo dejaba de lado el interés del lenguaje y me agarraba fuertemente al de las ideas. Me satisfacía mejor una composición mal escrita pero sustanciosa como algunos alumnos las saben hacer. Tenga ideas el hombre y ellas mismas le darán el medio de expresarlas.

Ud. recuerda el criterio gramaticista, otra vez, en la enseñanza del idio-